

Sólo una imágen turbaba mi felicidad: la imágen de una pobre mujer, sentada en un rincón de su cuarto, con la frente apoyada entre las manos, en la oscuridad, que meditaba, meditaba y meditaba siempre.

EN MARCHA.

I.

El 6 de Mayo, hácia las cinco de la tarde, estando sentados una docena de oficiales á la puerta del cuartel, se oyen precipitados pasos por la escalera y aparece el ayudante mayor gritando desafortadamente.

—¡Señores! Salimos esta noche á las ocho. Los equipajes, á las siete en el cuartel. Traje de marcha.

Resonó un grito de gozo; y sin preguntar siquiera dónde íbamos, todo el mundo echó á correr al café vecino para avisar á los amigos, al cuartel para llamar al ordenanza, á casa para prevenir á la familia. De allí á un momento estalla en el cuartel infernal estrépito; suenan los tambores; se esparce la noticia en las cercanías; la gente acude, y en pocos minutos, de casa en casa, de calle en calle, corre la voz por media ciudad y se propaga la alarma entre las madres.

Corro yo á casa, subo la escalera de tres en tres, llamo, me abren: era mi madre.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿qué ocurre?

Iba jadeante como un caballo.

—Es necesario partir.

—¡Oh!

—Sí... y no hay tiempo que perder.

—¿Cuándo?

—A las ocho.

—¡A las ocho!—repitió con el mismo acento mi madre, como un eco, y se quedó extática, sin hacer movimiento ni gesto alguno, mirándome con aire de estupor.

—Pronto, pronto; es preciso hacer el baul; á las siete debo estar en el cuartel; en seguida vendrá el asistente, y entretanto es forzoso comenzar; ánimo...

Pasado un instante, y viendo que mi madre no se movía,

—¿Vamos?—exclamé.

—¡Ah!—dijo ella como si volviese de un atolondramiento.—Ya estoy lista ¡Herminia!

Mi hermana apareció de repente.

—¡Se marcha!—le dijo precipitadamente mi madre;—es menester arreglarle la ropa, y á escape, ¿no es verdad? Bien. Ahora... espera. ¿Dónde está el baul? Pero no; es mejor ántes... mira... ó más bien..

Y miraba aquí y allá como si hubiera perdido la memoria. En estas ocasiones aquella pobre mujer perdía la cabeza.

—¿Por consiguiente?...—preguntó luégo á mi

hermana, que estaba allí tambien inmóvil y sonámbula, y como para salvar la dificultad.

—¡Ah!—respondió estremeciéndose; pronto, sí, es preciso despachar.

Y corrieron las dos á otra habitacion.

Un campanillazo; abro: el asistente.

—Ya estoy aquí—exclamó anhelante.

—¡María!—grita mi madre volviendo de prisa.

La muchacha viene.

—Ve á llamar á escape á mi hija. Al pasar dí al portero que venga á llevar el baul. Haz que llamen á Héctor, que está en el café próximo. Que vengan todos á escape, pronto.

El asistente traslada el baul á la terraza; el ruido llama á la ventana á la ninfa lánguida; la ninfa lánguida llama á la cocinera purpúrea; el impetuoso movimiento con que la cocinera abre la ventana hace acudir á los demás vecinos á los corredores.

Entre tanto, mi madre iba y venía sin hacer nada.

—¡Amigo!—grité yo dando palmadas.

—¡Italia!—responde él al mismo tiempo apareciendo sobre la terraza en mangas de camisa y con ademán inspirado.

—Me marcho á las ocho.

Desaparece, vuelve vestido, levanta la cortina de mi cuarto y exclama:

—Espero en la estacion—y se precipita por la escalera gritando:

—¡Viva la guerra!—pasando el baston por los hierros de la balaustrada, promoviendo un estrépito de todos los demonios.

El asistente pone en el baul la casaca y los pantalones. La ninfa se sorprende lánguidamente. La cocinera abre unos ojos desmesurados...

—¡Alberto!—exclama mi madre deteniéndose en su afanoso ir y venir.

—Aquí estoy.

Me llama aparte.

—Dime... ¿dónde vais? ¿lo sabes?

—A Plasencia.

—¡A Plasencia! Y... dime: es una ciudad fortificada Plasencia, ¿no es verdad?

—Sí, fortificada.

—¿Permaneceréis allí?

—No lo creo.

—Pero... ¿no defienden las ciudades fortificadas?

—Esta no, porque nosotros seguiremos adelante y ella se quedará á la espalda.

—¡Ya!...—dijo como la que pierde una esperanza.

Otro campanillazo; abro; mi hermana mayor. Me aprieta fuertemente la mano y entra.

Tercer campanillazo. Es mi hermano Héctor: apretón de manos y adentro.

Echo una mirada á la ninfa: ¡gran Dios! ¡qué aniquilamiento! Mi asistente observa con el rabo del ojo si las mejillas purpúreas dan señales de palidecer; no. Me figuro tener un parche en el cuello: trato de inclinar la cabeza en actitud melancólica: en vano; la patria es más fuerte.

Entre tanto, vuelve mi madre con los brazos cargados de ropa blanca, seria, impasible, que me trastorna; detrás de ella todos los demás, silenciosos, con la cabeza baja.

Mi madre se inclina sobre el cofre: el ordenanza hace ademán respetuoso de cogerle la ropa; ella se resiste y responde:

—Déjemelo hacer á mí.

Mis hermanas tienden los brazos para hacer lo mismo.

—Dejádmelo hacer á mí—responde otra vez mi madre;—y se inclina para ponerse de rodillas.

—¡Madre!—le digo entónces con acento de afectuoso reproche, deteniéndola por el brazo.

Ella me mira.

—No quiero—añado yo.

Y me replica con acento aún más afectuoso que el mío:

—¡Te lo suplico por favor!

Se arrodilla y pone en su sitio la ropa. El soldado me mira entre enternecido y lleno de sorpresa, como diciéndome:—¡Qué afortunado es V., mi teniente!

Yo le miro como para responderle: —Lo sé; siento que no esté aquí la tuya.

Mi madre se levanta y se marcha. Oigo una respiracion agitada; me vuelvo; es mi hermana menor que llora.

Mi madre vuelve con no sé qué entre las manos; lo coloca en el baul y se marcha de nuevo; miro: es su retrato.

Vuelve con tres libros y los pone encima del retrato.

—¿Qué libros son, madre?

—Son *Los novios*, de Manzoni.

—¡Oh gracias!—Y le besé la mano. Ella las retiró de pronto; siempre impasible; todos la mirábamos estupefactos; nos inquietaba su estado.

—Quítate la faja.

—¿Por qué?—pregunté.

Ella, sin contestar nada, me la quita y la pone en el baul.

—Madre... si debo llevarla puesta.—Sin responder, va á otra habitacion, otra vez la respiracion afanosa; llora mi hermana mayor. En esto volvía ya mi madre con una magnífica faja de seda, me la pone á la cintura diciéndome:

—La he hecho durante las horas en que estabas de servicio.

—¡Madre!—y junté las manos en actitud de súplica como para decir:—¡Es demasiado!

—Ella volvió la cabeza hácia otra parte.

El asistente mira á mi madre con los ojos brillantes.

—Ya está todo:—dice ella mirando alrededor. Breve pausa siguió á estas palabras.

—Se puede cerrar.

Baja la tapadera, aprieta con la mano y no puede cerrar; aprieta con la rodilla rechazando con los codos á quien la quiere ayudar; se le resbala un pié, vacila...

—¡Pero madre! ¡pero qué haces!...—exclamamos todos sosteniéndola.

Lllaman: es el portero que viene por el cofre.

—¿Ya estás aquí?—exclama mi madre volviéndose desagradablemente sorprendida:—Llévale.

El portero se echa el baul á la espalda.

—Al cuartel de Puerta Susa—le dije.

—Ya sé donde es,—respondió echando á andar.

—¡Espera!—exclama de pronto mi madre,—cuida de no dejarlo caer.

—No lo piense siquiera.

Sale; mi madre lo acompaña hasta la puerta; lo mira bajar las escaleras;—ya ha desaparecido;—aprieta los labios, cierra los párpados, ha vencido; el golpe de llanto ha caido en el fondo del corazon; y queda impasible como ántes; empiezo á turbarme... ¡Cómo acabará!

—Buenas noches.—Ninguno responde; ya ha comprendido todo; me mira, alzo la cabeza.—

Vamos, no está del todo mal,—parece que dice. Y pasamos todos al cuarto inmediato.

Última mirada á la ventana. Languidez mortal. Nuevo alargar del cuello, inútil; vence la patria: ¡adios para siempre!

Estamos todos sentados en círculo en otra habitacion; ninguno habla; se oye el crugir de un vestido; se abre la puerta; hé aquí *la señora fuerte*; todos se levantan.

—Mi querida amiga—dice alargando las dos manos á mi madre con aquella gracia que le es peculiar, con aquel garbo sereno y animado al propio tiempo.—Hasta ahora no he sabido que su hijo debía partir. Son momentos dolorosos, cierto; pero es preciso que todos sufran y sobreleven la parte que les corresponde, por el país. ¡Grandes y solemnes son estos dias para Italia! ¡Grande y solemne es la guerra! Creedlo: es imposible que el enemigo resista esta ola de fuego que va á inundarlo por todos lados. El ejército deja á su espalda un pueblo entero dispuesto á bajar al campo. ¡Son estos dias, dias señalados, y así se forman las naciones!

Mi madre la miraba atónita.

—¡Quién pudiera ver de léjos, un instante tan sólo, la gran batalla! ¡Verla en el punto más bello, cuando nuestros regimientos hayan desalojado al enemigo de todas sus posiciones en los montes, á lo largo de la línea de batalla y en el ins-

tante en que desciendan por allá abajo de las opuestas laderas de las colinas, precipitándose carros, caballos, soldados, cañones... ¡Ánimo señora, esta es una verdadera cruzada; hasta las mujeres y los niños irían á combatir; si este ejército se disolviese derrotado, en quince dias surgiría otro. ¡No lo dudeis!

—Sí, sí—prorumpió mi madre con una decision que quería parecer entusiasmo maternal encubierto con amor á la patria.—¡Sí! ¡Es una cruzada! Debemos ir todos á la guerra, todos, en ejércitos de millones y millones para infundir miedo al enemigo, é infundir por todos lados la idea de resistir y abrir la puerta de la fortaleza...

—¿Dónde está mi hijo?—preguntó una voz trémula desde la habitacion vecina; se abrió en el mismo punto la puerta y apareció el viejo abuelo ciego, con los brazos extendidos y en actitud de llamarme á sí. Yo lo abracé; él me tocó la espada, la faja, y preguntó con voz conmovida:—¿Ya estás pronto?—Despues me puso la mano en el hombro, apoyó su mejilla sobre mi pecho y quedóse inmóvil. Silencio general. El amigo, brusco, de pié en el fondo de la sala, contempla el cuadro con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho. Mi madre me miró fijamente.

Trascurrieron algunos minutos, y yo, mirando rápidamente el reloj, dije con grande esfuerzo:

—¡Ya es hora!

Todos adelantaron un pié y dieron un paso hácia mí. El *grave benéfico* se me acercó y murmuró á mi oído:

—Sé hombre.—Pausa.

—Con que...—murmuré yo poniéndome el ros.

—Con que—dijo resueltamente la señora, estrechándome y apretando mis manos á cada palabra—¡valor! á honrarnos, acuértese de nosotros y escriba.—Dicho esto se retiró.

—¡Adios, Alberto!—exclamó mi hermano arrojándome los brazos al cuello y besándome.

Mis hermanas me abrazaron sollozando y huieron.

—¡Ah!—prorumpió el viejo abriendo los brazos—¡qué muchacho!—Y estrechando mi cabeza sobre su hombro, murmuró con trémula voz:—Si esta fuese la última vez que te abrazo... quiera el cielo... que sea por culpa mía.

El amigo áspero, me apretó la mano, me miró fijamente y se retiró.

Mi madre y yo nos contemplamos un instante; ella me estrechó entre sus brazos, se abalanzó á mi cuello con fuerza viril, me cubrió de besos desesperados; despues, cogiéndome con una mano el brazo y colocando la otra sobre mi hombro, cogida, pegada á mi lado, se hizo arrastrar, mejor que conducir hasta la puerta. Allí me dejó á la fuerza y me miró bajar por la escalera. En el

mismo instante, como si me hubiera visto caer en hondo precipicio, lanzó agudo grito:

—¡Alberto! ¡Alberto!

Sentí, continuando la bajada, que habían acudido todos los demás, percibí confuso rumor de voces; mi soldado, entre los otros, decía.—¡Valor señora! Yo estaré siempre junto á él. ¡Se lo prometo!—y sollozos desesperados de mi madre; un último y sofocado grito de:—¡Alberto!—y despues... nada.

Atravesando apresuradamente el patio, encontré á los cuatro sobrinillos del viejo que volvían del colegio; los detuve, los cubrí de besos;—¡Oh! ¡Me los ahoga!—grité espantada la niñera.

—¡Señor teniente, si vieses!...—exclamó el asistente enjugándose los ojos con el pañuelo.

—¡Cállate!

Y eché á andar á grandes pasos.

II.

Llegué al cuartel cuando anochecía. Las compañías estaban ya armadas y formadas en el patio. A la parte exterior, una confusión indecible; la calle estaba atestada de gente y alumbrada por las antorchas de gran número de estudiantes de la Universidad; la puerta del cuartel llena de oficiales; junto á ellos una multitud de madres, de hermanas y de hermanos pequeños, que querían entrar, y lloraban rogando con las manos juntas: —¡Que nos lo dejen ver una vez todavía, un momento sólo, siquiera una palabra!—Y el oficial de guardia les rechazaba hácia atrás, y gritaba y rogaba también él: —¡Háganme este favor, échense allá, dejen el paso libre; no puedo dejarles entrar; está prohibido; nosotros cumplimos nuestro deber; los verán cuando salgan!—Un correr de mujeres de oficiales con muchachos de la mano, otros recién venidos á dar el último consejo y á dirigir la última plegaria; más allá un vaiven de mujeres y de muchachos, que no son ni madres,

ni esposas, ni hermanas, llorando, fingiendo llorar, para despertar alguna útil simpatía en los que quedaban; otras en desesperación melancólicamente colocadas; grupos de obreros que pasan cantando y ondeando banderas; gritos, aplausos y el murmullo confuso como de un mar agitado...

Suena el primer redoble de tambor; los oficiales desaparecen; en la muchedumbre se produce improvisado silencio. De allí á un minuto están fuera los gastadores del regimiento, á despejar la calle.

Me asalta un pensamiento:—Si va á la estación... ¡Dios mío! ¡Es preciso pasar bajo sus ventanas!...

Suena la música; el regimiento está fuera, flanqueado por dos largas filas de antorchas; las familias dan el asalto á las filas; los oficiales y sargentos las rechazan; empuellon por aquí, vuelta por allá; la gente se asoma á las ventanas ondeando banderas; llueven cigarros, flores y frutas; una multitud precede al regimiento, cantando; otra multitud lo sigue.

—¡Viva la brigada Piamonte! ¡Viva el viejo regimiento del 637!—gritó un señor desde una ventana.

Y otro:

—¡Vivan los valientes de Calmasino!

Pasamos por la calle de Santa Teresa; llega-

mos á la plaza de San Carlos; ya estamos en la plaza Carlos Felipe; á medida que adelantamos, el corazón se me oprime con más fuerza, me tiemblan las piernas. — ¡Oirá la música, oirá esta gritería aquella pobre mujer!

Levanto los ojos; hé aquí la casa, hé allí la ventana iluminada; hay una persona; no es ella; ¿quién será? No puede distinguirse; saluda con la mano; mira hácia abajo. ¡Dios mío! ¿quién será?

De repente aparece luz en la ventana de abajo.

— ¡Ah, lo he visto, es el ciego! ¡Dios te bendiga, padre mío!

Hé aquí mi amigo: me abraza, me besa, me grita:

— ¡Buena fortuna, hermano! ¡Viva la guerra!
Y desaparece.

Estamos en el tren; asomo fuera la cabeza; siempre la ventana iluminada, siempre el ciego solo que agita la mano en señal de despedida.

— ¡Y esta música que no calla nunca! ¡Oh, pobre madre!

Se oye el silbido; el tren se mueve; el corazón me da un salto terrible; ¿quién otro ha acudido á la ventana? Veo dos brazos que se extienden hácia mí... ¡Dios mío! ¡He oído un grito!

La casa ha desaparecido.

— ¡Adios, mi ángel bueno, madre santa y adorada! ¡El cielo me permita volver á verte, ó mo-

rir tan noblemente, que el orgullo de ser mi madre compense en tu corazón el dolor de haberme perdido!

— Ahora á nosotros — dije volviéndome vivamente á mi vecino y dándole una palmada en la rodilla.

El vecino, sumergido hasta entónces en la melancolía de un abandono amoroso, se sacudió de repente y gritó con fuerza:

— ¡Viva la guerra!

Y todos los demás:

— ¡Fuego á los cigarros!

En un instante el departamento estuvo lleno de humo, de estrépito y de alegría.



EN CAMPANA.

Encuentro en este punto del libro de memorias una larga serie de cartas de Alberto, y junto á cada una la respuesta de la madre unida al pliego. Del exámen de los caracteres de la madre se podría deducir la historia de la guerra: el temblor de su mano era ciertamente el más seguro indicio de los sucesos. Sobre poco más ó menos, sus cartas dicen siempre lo mismo, es natural; pero en las del hijo hay aquí y allá alguna cosa digna de notarse. Y yo anotaré esta cualquier cosa, que resultará como crónica desligada, incompleta, pero franca y viva, de las varias vicisitudes, ó mejor, de las varias impresiones, que algunos de los sucesos de la guerra dejaron en el ánimo de mi amigo.

Doy mi palabra al lector de que copio literalmente.

«Plasencia, 8 Mayo.

»... Plasencia parece un cuartel; hay más soldados que ciudadanos, y más cruces que soldados: